

LA SOCIEDAD DOMINICANA EN SU
NOVELA

JOSE ALCANTARA ALMANZAR

La Sociedad Dominicana de Bibliófilos puso a circular formalmente diez obras (agrupadas en tres volúmenes) que prueban la estrecha relación entre la novela dominicana y su historia. Desde el año 1843, fecha de publicación de *Los amores de los indios*, de Alejandro Angulo Guridi, nuestros escritores no han dejado de acudir a la historia, la sociología y la política para configurar sus mundos narrativos.¹

De hecho, las novelas más conocidas y difundidas dentro y fuera del país confirman esa vinculación. El *Enriquillo* (1882), de Manuel de Jesús Galván, y *Baní o Engracia y Antonita* (1892), de Francisco Gregorio Billini, constituyen dos ejemplos de la preocupación de los escritores dominicanos por reconstruir en forma novelada ciertos momentos de su historia y algunos aspectos de sus costumbres. Se dirá que el Romanticismo dio vigencia a la novela histórica y que tanto Galván como Billini no podían sustraerse al influjo de ese poderoso movimiento. Sin embargo, si seguimos enumerando libros de épocas ulteriores, nos damos cuenta de que no se trata de una moda, ni siquiera de una influencia de largo alcance, sino de una concepción que ha primado en los escritores criollos hasta nuestros días.

La Sangre (1914), de Túlio Manuel Cestero; *La Maiosa* (1936), de Juan Bosch; *El Cristo de la Libertad* (1950), de Joaquín Balaguer; y más recientemente, *Las Devastaciones* (1979), de Carlos Esteban Deive, y *Vicente y la Soledad* (1982), de Georgilio Mella Chavíer, indican que el pasado histórico ha constituido siempre un punto de partida para la novela histórica, la novela autobiográfica y la biografía novelada. Por otro lado, lo

Conferencia dictada en el local de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., el 29 de junio de 1982.

social y lo político son instancias a las que el escritor se ha acercado lleno de curiosidad. El narrador se ha nutrido de la realidad sociopolítica de nuestra formación social porque esa realidad, aparte de golpearle rudamente con su carga de sucesos terribles, es una noria inagotable de acontecimientos de toda índole que se desea rescatar. Las obras de Horacio Read, Rafael Damirón, Freddy Prestol Castillo, Carlos Federico Pérez y Marcio Veloz Maggiolo - para quedarnos con unos cuantos nombres de escritores muy disímiles entre sí, desde cualquier punto de vista - ofrecen el mejor testimonio de lo que afirmamos.

Pues bien, las obras que presentamos responden a las dos vertientes señaladas. La *Trilogía Patriótica*, de Federico García Godoy, integrada por *Rufinito*, *Alma Dominicana* y *Guanuma*; y los *Episodios Dominicanos*, de Max Henríquez Ureña, constituidos por *La Independencia Efímera*, *La Conspiración de los Alcarrizos*, *El Arzobispo Valera* y *El Ideal de los Trinitarios*, pertenecen a lo que podría denominarse como "novela histórica" (en el caso de las obras de García Godoy), e "historia novelada" (en el de los episodios de Henríquez Ureña). El tercer volumen, titulado *La novela de la Caña*, está integrado por tres obras: *Cañas y Bueyes*, de F. E. Moscoso Puello; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; y *El Terrateniente*, de Manuel Antonio Amiama, y se ubican en la corriente de la novela social dominicana contemporánea. En total, más de dos mil páginas en la edición de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

"La Sociedad Dominicana en su Novela" fue el título de nuestra conferencia para presentar públicamente estos libros. Nuestro propósito era escoger, de la enorme masa de hechos y situaciones tratados por los autores, aquellos que a nuestro entender constituyen el núcleo de su trabajo narrativo. Nos vimos obligados entonces a descartar lo accesorio para concentrarnos en lo esencial.

FEDERICO GARCIA GODOY, SU EPOCA Y SUS IDEAS

El libro *Trilogía Patriótica*² comprende, como dijimos, tres novelas de Federico García Godoy (1857-1924). García Godoy es el primer escritor dominicano que se propone y logra una serie de novelas sobre la historia del país, tomando como marco referencial el lapso que va de la Independencia al término de la Guerra Restauradora.

Las novelas de García Godoy no surgen como resultado de una vocación de narrador, sino como consecuencia del espíritu patriótico y nacionalista que accionaba su trabajo de escritor. Sus novelas tienen clara intención didáctica y en ellas rescata la historia nacional para ofrecerla al lector de la manera más práctica y apasionante. El propio escritor dudaba del surgimiento de una literatura verdaderamente nacional si no se hurgaba en los secretos de la vida dominicana, desentrañando cuanto hubiese de noble y positivo o de indigno y objetable, a fin de exaltar el heroísmo del pueblo en su lucha por la democracia y la libertad, y condenar los planes para desconocer la independencia o entregar el país, parcial o totalmente, a la dominación de potencias extranjeras.

Las novelas de García Godoy surgen en un período de crisis de la sociedad dominicana, caracterizado por las revueltas y rebeliones que amenazaban la estabilidad del país y ponían en peligro la soberanía, la muerte de Ulises Heureaux había desencadenado luchas encarnizadas entre quienes se disputaban el poder político. Esta zozobra que vivía el pueblo dominicano le impedía fortalecer su economía y sus instituciones políticas y le abría las puertas a la dominación neocolonial norteamericana. Así lo puso de manifiesto la Convención Dominicano-Americana de 1907 y posteriormente la Primera Ocupación Norteamericana.

Hombre de su tiempo, espíritu liberal y amante de las conquistas democráticas que en sucesivas y agotadoras jornadas había sabido alcanzar su pueblo, García Godoy fue un acérrimo opositor del imperialismo norteamericano. Por eso sus novelas son una respuesta anticipada a la dominación imperialista en Santo Domingo, puesto que la *Trilogía Patriótica* fue escrita entre 1908 y 1914. Si García Godoy veía en la Historia la fuente de lo autóctono, o sea, el único recurso contra el exotismo que amenazaba con extranjerizar la literatura dominicana, bien podemos decir que consideró el Nacionalismo como el alimento básico de la identidad del dominicano frente a la agresión imperialista.

En unas palabras preliminares a *Rufinito* (1908) escribió: "He querido, en estas horas de angustiosa incertidumbre para los pueblos de procedencia ibérica, cuya situación geográfica los pone casi a merced del imperialismo norteamericano, reconstruir en parte, vivo y palpitante, un pasado en algo oscurecido por lamentables errores y, en todo lo demás brillantemente iluminado por culminantes actos de abnegación y por hechos de imperecedero renombre, para que, contemplándolo con amor, siquiera un instante, se afirme en nosotros más y más el irreductible propósito de mantener incólume, sin mengua y sin desdoro, la gloriosa nacionalidad dominicana". (*Trilogía*, p. 33).

De modo que la literatura tenía una utilidad práctica para García Godoy. No escribió novelas por el puro placer de haber ficciones, ni de inventar realidades, sino con el propósito definido de enseñar, a través de la palabra escrita, lecciones de amor a la patria, estimulando en el pueblo el fervor anticolonialista, la fe en las libertades colectivas surgiadas al amparo de una república democrática e independiente.

Los prólogos que García Godoy escribió para sus novelas resultan esclarecedores y esenciales para comprender la *Trilogía Patriótica*. En ellos explica sus ideas sobre el problema del Nacionalismo y expresa, con una elocuencia a veces desgarradora, su angustia ante la amenaza que representaba el imperialismo para la consolidación de la nacionalidad dominicana. Aunque García Godoy no fue ajeno al problema de la identidad nacional, no era esto lo que le interesaba, como tampoco les interesó a otros escritores de su época e incluso de momentos posteriores. Su aspiración era más bien la de definir un modelo de nacionalidad que se fundara en los criterios de "patriotismo", "independencia", "soberanía", "anticolonialismo". Ese era el contenido ideológico del sector más avanzado de la clase dominante dominicana de principios del siglo XX. El problema de la identidad surgiría luego, pero en esos años, él y otros escritores querían perfilar el "ideal de nacionalismo" que tanto anhelaban.

Aunque el escritor reconoce la participación de las clases populares en la lucha por la independencia y la soberanía, cada vez que éstas se vieron amenazadas por la agresión de potencias extranjeras, deposita en la clase dominante la dirección del movimiento revolucionario dominicano: "...sólo una parte de la población dirigida por una *élite* - escribe - simpatiza con el ideal de la independencia y le presta su ardoroso concurso" (Trilogía, p. 236). García Godoy no escapa a la concepción elitista de la Historia - que también veremos en la obra de Max Henríquez Ureña muchos años después - pero no hay duda de que hizo sinceros esfuerzos por aproximarse al "sentimiento de las clases populares", porque sabía que en ellas está la raíz de todo nacionalismo. La clase dominante, por el contrario, ha dado pruebas reiteradas a lo largo de nuestra historia republicana, de una incapacidad constitucional para defender la soberanía. La Anexión, los planes de protectorado, la posible entrega del territorio nacional a los centros hegemónicos que integraron, sucesivamente, España, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, siempre provinieron de sectores de la clase gobernante. Si algunos grupos del pueblo se identificaron a veces con esas actividades proditorias, debemos atribuir dicha actitud al efecto que la ideología dominante provoca en los demás subconjuntos ideológicos de la sociedad.

A pesar de la profunda admiración que en García Godoy despierta el héroe popular anónimo, el hombre de pueblo que se juega la vida en defensa de su país, sin otro premio que la soberanía misma, se advierte en su obra la creencia de que sólo una élite bien preparada, consciente de su papel histórico, podía engrandecer la nación. "...El instinto del rebaño, - escribe en el Prólogo a *Guanuña* (1914) - cada vez más acentuado, tiende a justificar al superhombre nietzcheniano" (Trilogía, p. 238). García Godoy había leído a Marx y admitía la importancia del factor económico en el desarrollo de la colectividad, pero al momento de exponer una salida a los males seculares de la República, apelaba a un darwinismo social comprensible, dada la enorme influencia que la teoría de la evolución ejerció sobre el pensamiento social durante décadas. Así, al analizar las razones del desplazamiento de los trinitarios por los hateros, una vez proclamada la Independencia, García Godoy dice: "...Como en la lucha biológica, los más fuertes, los mejor constituidos, los más adaptables al medio, obtuvieron prontamente la victoria" (Trilogía, p. 48).

LA TRILOGÍA PATRIOTICA

Dos son, a nuestro juicio, los grandes problemas tratados por García Godoy en sus novelas: el nacionalismo y el caudillismo. En cada una el escritor se embarca en consideraciones sobre ambos temas, tratando de llegar al fondo de la cuestión. *Rufinito* tiene como marco histórico la proclamación de la Independencia en 1844; *Alma Dominicana* (1911) se estructura a partir de la Anexión a España en 1861; y *Guanuña* se ubica en plena Guerra Restauradora. Estos episodios jalonan tres momentos trascendentales de la historia dominicana del siglo diecinueve y nos parece oportuno señalar que en los veintiún años comprendidos entre 1844 y 1865, los dominicanos, por medio de esa guerra de liberación, fueron fraguando un consistente sentimiento nacionalista.

En *Rufinito* lo novelesco se mezcla con la reflexión ensayística. Hay capítulos completos en los que no ocurre nada. El escritor nos ofrece sus interpretaciones de la historia nacional, sin que aparezca por ningún lado el elemento ficticio, sin que se desarrolle un argumento, sin que los personajes figuren como el centro del relato. García Godoy nos habla de los ingentes esfuerzos del pueblo dominicano para salir victorioso de la dominación haitiana, y se lamenta de la sangre derramada por sus hombres, la desolación y la ruina provocadas por la guerra independentista y por el estado de deterioro en que quedó el país. Y aquí aparece el primer elemento del nacionalismo dominicano: su arraigado antihaitianismo. Este fenómeno sociocultural se hermana al sentimiento de independencia, al deseo de autonomía que durante veintidós años impulsó la lucha del pueblo dominicano. El dominicano y el haitiano comparten la isla, pero tienen tradiciones, costumbres, idiomas, prácticas religiosas y culturales distintos. Es lógico suponer que el patriotismo se definiera entonces como una oposición total e irreconciliable con todo lo que significara "ser haitiano". Rufinito mismo, hombre de pueblo de escasa instrucción, siente un odio chovinista hacia los haitianos: "...Bajo la dominación haitiana - leemos en la pág. 69 - vivió siempre inconforme, echando pestes contra los malditos mañeses a quienes detestaba con todas las fuerzas de su alma".

No debe perderse de vista que este antihaitianismo ha sido uno de los obstáculos más graves que han tenido que enfrentar dominicanos y haitianos en su devenir histórico. Las diferencias iniciales surgidas con las primeras invasiones haitianas a nuestro territorio tenían que propiciar un ambiente de hostilidad y rechazo en la parte oriental de la isla. Posteriormente, el antihaitianismo, tomado como estandarte persecutorio, ha generado actitudes racistas y discriminatorias. Influido por la ideología dominante, que juzga al haitiano como inferior, estúpido, haragán, enfermizo, malvado, apestoso, destructor y, en fin, todo lo que representa peligro, el dominicano ha desarrollado un etnocentrismo que alimenta actitudes antagónicas hacia el pueblo vecino.³ Los negros dominicanos se consideran superiores a los negros haitianos y existen muchas prácticas cotidianas y refranes populares bastante arraigados en nuestra población, que prueban el rechazo por la cultura de Haití.⁴

A muchos les ha cautivado el poder de evocación del autor al describir La Vega de aquellos tiempos. Sin duda García Godoy fue un hombre que conoció y amó esas tierras, que se dejó incluso arrastrar por sus sentimientos de admiración hacia el paisaje y los hombres y mujeres que poblaban la fértil geografía cibaeña. En este sentido, sus escritos intentan reproducir no sólo el ambiente y las actividades folklóricas de la región, sino todo un conjunto de elementos que configuran la idiosincrasia del dominicano. En ese esfuerzo, el novelista intuitivo pugna por vencer al sociólogo y al historiador, aunque a veces pierde la partida porque las reflexiones sobre el *ethos* dominicano, por lo menos en las dos primeras novelas, superan el trabajo del narrador.

García Godoy tenía un claro sentido de la estratificación social de la época en que sitúa sus relatos. Cuando describe La Vega no se limita a su topografía. Pone la mira sobre las cosas y los hombres. Estos últimos constituyen el centro de su objetivo novelesco:

"Era en todo y por todo una ciudad sencilla y tranquila -escribe-, de ambiente más campesino que urbano, de costumbres sanas, de hábitos un si es un no primitivo, sin horizontes, sin vigorosos sacudimientos, en la que cualquier suceso local de tinte más o menos escandaloso, como una alcalada o un hurto de cierta importancia, un adulterio consumado o en cierres o el rapto de alguna garrida muchacha del campo, formaban, por su rareza, el obligado tema de permanentes decires y comentarios manteniendo en tensión extremada la curiosidad del vecindario hasta que el hecho palpítante era relegado al olvido por otro igual o parecido. Imperaba por lo demás viva y sincera cordialidad en todas las relaciones de las diferentes clases sociales, cosas que felizmente puede constatarse hoy mismo. Nadie se ocupaba en sembrar la cizaña entre vecinos siempre unidos por estrecho vínculo de confraternidad, no obstante las inevitables diferencias de jerarquía social que los distanciaban hasta cierto punto". (Trilogía, pág. 61).

García Godoy nos pone en contacto con una sociedad en la que no habría hecho irrupción la industria como motor de la vida nacional. "Sociedad patrimonial", la llaman algunos; "sociedad tradicional", la designan otros; nosotros preferimos denominarla "formación social subdesarrollada". Vista desde cualquier ángulo, la sociedad dominicana de aquella época no era otra cosa que una colectividad con una independencia precaria, una clase dominante subordinada a los designios de las potencias colonialistas, una gran inestabilidad política y un atraso socioeconómico que la sumía en la miseria y la calamidad pública.

La descripción que García Godoy ofrece en el capítulo titulado "Los Dones" es rica en matices sobre las relaciones entre las distintas clases sociales. Al leerlo attentamente nos percatamos de que esa situación idílica entre sectores antagónicos era producto de la identificación de los intereses dominantes con los de los dominados, de un ascendiente moral atribuido por el autor al grupo más liberal de la élite, con fines de exaltación:

"En esa ciudad de ambiente tan apacible y tan apegada a sus hábitos rutinarios - asegura -, herencia secular de que ha ido lentamente desprendiéndose en tiempos recientes, se explica con facilidad que, como sucedía, un corto grupo de individuos colocado en la cumbre social, la flor y nata de la población, como quien dice, ejerciese una especie de hegemonía local, una autoridad sin base legal de ninguna especie, una suprema dirección moral, nacida del consentimiento espontáneo y unánime de todos, sancionada por la costumbre y afianzada por numerosas e influyentes relaciones de familia. Se aceptaba esa dirección de mil amores, sin reparos ni discusiones. A esos individuos se les llamaba por antonomasia los Dones y muchos del pueblo bajo les decían los cocotuces (sic) (...) Se les consideraba, respetaba y quería. Formaban, por todos conceptos, lo más grande y saliente de aquella rudimentaria agrupación social, en la cual no

habían todavía echado raíces los egoísmos y ambiciones que genera la acción siempre perturbadora del político,..." (Trilogía, pp. 63/64).

En *Rufinito*, el personaje que da título a la obra aparece después de varios capítulos en los que García Godoy expone sus consideraciones sobre la sociedad dominicana. El protagonista resulta propicio para presentar, no al típico campesino dominicano, sino al hombre en quien se mezclan confusamente rasgos rurales y urbanos: "Mulato oscuro - lo describe el autor -, con algo más de cuarenta años, fornido, rechoncho, de cara vulgar como abotagada por el uso de licores fuertes y en la que lucían sus ojos sin expresión perpetuamente soñolientos, con cierto empaque de hombre de ciudad y con mucho de la rusticidad de la gente de campo, era Rufinito un tipo curioso, original hasta cierto punto, que por algunas singularidades personales había ido adquiriendo una popularidad de baja estofa que constituía su timbre máspreciado de orgullo". (Trilogía, p. 67).

Rufinito es tomado como modelo de seguidor del caudillo más poderoso de la Primera República, General Pedro Santana. En Rufinito se resume la psicología del parcial, es decir, los caracteres que configuran la personalidad de quienes seguían a los caudillos de aquellos tiempos. El fenómeno del caudillismo podría analizarse a la luz de la teoría sociológica, partiendo del célebre trabajo de Max Weber.⁵ Sin embargo, el ensayo de Weber sólo nos sirve como punto de referencia inicial, ya que el caudillo latinoamericano posee una especificidad no contemplada por el sociólogo alemán.

El caudillo tiene carisma, que es "...la cualidad, que pasa por extraordinaria (...) de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas - o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro -, o como enviados del dios, o como ejemplar, y en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder".⁶ La adhesión incondicional del seguidor depende de la significación que para él tenga su líder, independientemente de que las cualidades extraordinarias que le atribuye sean verdaderas o falsas. Por eso el parcial de un líder carismático es un individuo que renuncia a su juicio crítico, al cuestionamiento de su jefe. Sólo así podrá seguirlo sin que nada perturbe la relación entre uno y otro.

Ahora bien, el caudillo latinoamericano hace su aparición con las guerras de independencia. El cacique local se transforma en caudillo nacional gracias a su valentía, su poder de decisión, su magnetismo sobre las masas, y sobre todo, su condición de "salvador" que le atribuían adeptos y simpatizantes.

La obra *Alma Dominicana*, en la que se advierte un paso de avance con relación a *Rufinito*, dibuja con más claridad la fisonomía moral e intelectual del caudillo dominicano. Perico Antúnez no es un analfabeto, condenado a la subordinación a causa de su ignorancia. Posee conocimientos limitados, mas su arrojo y seguridad personales le confieren habilidades especiales que lo colocan por encima de los demás. García Godoy sugiere que en Perico Antúnez se dan todas las condiciones para el surgimiento del caudillo:

"En el trato diario con sus compañeros - relata -, sin exceptuar a su mismo primo Roque que no pensaba discutir su superioridad, empezaba a demostrar cierto carácter autoritario, cierta propensión cada vez más acentuada a dirigir, a arrastrar a los demás tras sí, a encadenarlos a su voluntad absorbente regida en aquel instante por el ideal sublime a redimir la patria; pero que más tarde, realizado ese propósito, tales impulsiones podrían convertirse, como sucedió con casi todos sus compañeros, en fermentos de un caudillaje desapoderado y estulto que iba a entorpecer grande y peligrosamente el gradual desenvolvimiento de las instituciones republicanas..." (Trilogía, p. 198).

En *Rufinito* asistimos al nacimiento del caudillo defensor de la Independencia; en *Alma Dominicana*, García Godoy esboza las consecuencias de un caudillismo convertido en autoritarismo: la patria independiente es entregada nuevamente a España por medio de la Anexión. El escritor quiere alertar a sus lectores acerca de los peligros del caudillismo, cuando éste deja de ser una fuerza encaminada a la defensa de los intereses nacionales, para transformarse en una dictadura de corte personalista. Fiel a su concepción liberal, García Godoy no encuentra justificaciones al acto incalificable de la Anexión, llevado a cabo por el General Santana con el apoyo de la clase que lo sostenía en el poder. El autor se limita a explicarnos las posibles causas de esa conducta, sin atenuar el rigor de sus observaciones. Una vez realizada la Anexión, el General Santana que dó presa de su propia obra y tuvo que enfrentarse a la oposición sostenida y creciente del pueblo dominicano. El viejo caudillo batalló hasta los últimos días de su vida, en medio de la humillación que significaba el saberse repudiado; lleno de indignación ante las irritantes órdenes de los representantes españoles en Santo Domingo; asediado por las fuerzas revolucionarias en cuyo seno comenzaba a despuntar un nuevo y audaz caudillo: Gregorio Luperón.

Por fortuna, García Godoy no limitó su búsqueda a estas dos primeras obras. *Guanuma* es, a nuestro juicio, la más novelesca y completa de su *Trilogía Patriótica*. El escritor profundizó en la personalidad y las motivaciones del caudillo. *Guanuma* posee una estructuración más acabada que las anteriores; el autor se muestra mucho más seguro y da rienda suelta a su imaginación, colocando personajes ficticios que enriquecen el relato.

Rufinito y *Alma Dominicana* están demasiado lastradas por la disquisición histórica, las digresiones de fondo sociológica y política. *Guanuma*, en cambio, tiene un argumento más unitario, del que García Godoy trata de no apartarse. Los personajes adquieren mayor verosimilitud y sus acciones dinamizan la narración en cada capítulo. Fonso Ortiz podrá parecerse mucho a Perico Antúnez, pero resulta más auténtico, está más cerca de la realidad que éste.⁷ Fonso, con sus méritos y debilidades, pone a girar todo lo que le rodea porque está lejos de ser una evocación meramente historicista. Tan real es Rosario Ordóñez (la desolada novia que espera en silencio el triunfo de la causa restauradora para reunirse con Fonso), como Regina, aquella "feúcha y desgarbada muchacha de diecisiete abriles" (Trilogía, p. 310), hija de la dueña de la pensión donde va a residir Fonso en la capital; como ese coronel Virico García,

santanista de corazón, quien a pesar de ello ayuda a Fonso en sus propósitos revolucionarios.

En otras palabras, los personajes de *Guanuma* están mejor trabajados, son más auténticos porque se asemejan a los hombres y mujeres de carne y hueso. Pedro Santana constituye una figura importante en la última novela de la *Trilogía*, y esto le da oportunidades a García Godoy para ahondar en sus motivaciones personales y en los condicionamientos históricos que lo llevaron a actuar como lo hizo:

"Con su fácil intuición de la realidad - nos dice sobre el Marqués de Las Carreras -, con la clara y perspicaz mirada de su espíritu que en muchísimas ocasiones suplía su falta de instrucción, su completa carencia de ciertos conocimientos, Santana comprendió, poco después de realizada su nefasta obra anexionista, con acerba pena, que se había por completo equivocado y que su tremendo yerro iba a tener, andando el tiempo, desastrosas consecuencias..." (Trilogía, p. 292).

"...Hay que confesar en honra suya y como homenaje justiciero a su memoria, que en sus labios y en sus comunicaciones vibró siempre su desacuerdo con ciertos torpes procedimientos coloniales que con un infantil desconocimiento de la realidad se pretendían aclimatar en el país, y que, continuamente, en ocasiones quizás con sobra de violencia y exagerado espíritu de oposición, defendió a los suyos, a muchos de sus compatriotas menoscipados o postergados para satisfacer aspiraciones de elementos peninsulares de escaso o ningún conocimiento de la manera de ser del pueblo dominicano..." (Idem, p. 293).

Al concluir la obra tenemos un cuadro completo de la psicología del caudillo y de sus seguidores, y el General Pedro Santana nos parece un ser humano que, habiendo actuado en contra de la soberanía nacional, tuvo que hacer frente a la guerra desatada por quienes la defendían. Pero ya no lo consideramos un monstruo de origen sobrenatural. Lo vemos como lo que realmente fue: un rudo, hosco y férreo caudillo que llevó su acción hasta las últimas consecuencias, sin volver la cara hacia atrás, para que no le tentase el remordimiento.

LOS EPISODIOS DOMINICANOS DE MAX HENRIQUEZ UREÑA

Max Henríquez Ureña (1885-1970) fue un escritor prolífico que incursionó en muchos campos y enriqueció la bibliografía nacional de treinta y cinco obras. No fue, sin embargo, un novelista de oficio, como no lo ha sido prácticamente nadie en nuestro país. En rigor, debemos considerarlo como un ensayista que alcanzó sus mayores logros en el área de la historia y la crítica literarias.

Los *Episodios Dominicanos*⁸ fueron concebidos y escritos con un propósito claro: la divulgación e interpretación de la historia dominicana. Henríquez Ureña partió, según su propia confesión, de los *Episodios Nacionales* escritos por Benito Pérez Galdós: "He elegido el procedimiento narrativo - escribe - , pero no creo odioso advertir que, para mí, la

historia en forma de novela no es precisamente la novela histórica. En la novela histórica prevalece el interés de la trama novelesca: la historia en forma de novela es, en cambio, la interpretación de una época, puesta en acción, en movimiento, con el ritmo de vida que seguramente tuvo. Ejemplo ilustre nos ofrece Pérez Galdós, de cuyos *episodios nacionales* he tomado por lo menos el nombre para esta serie de *episodios dominicanos*." (*Episodios*, p. 9).

Henríquez Ureña era muy consciente de su objetivo y de sus limitaciones, puesto que, aun en el caso de establecer una posible parentela entre la obra galdosiana y la del escritor dominicano, existe la notable diferencia de que en los episodios del escritor español la historia, en cada serie, se va quedando a la zaga en relación con la novela, mientras que en los cuatro episodios publicados por nuestro autor, el documento histórico está siempre presente y la trama novelesca queda completamente superditada al dato y a la fuente histórica.⁹ Dicho de otro modo, Pérez Galdós incorporó a sus libros muchos elementos imaginarios, puramente ficticios. Henríquez Ureña, siempre bien fundamentado, siempre riguroso, se propuso una interpretación histórica que fuese fiel a la documentación existente y se tomó muy pocas libertades como narrador.

Su prosa es correcta, pero los personajes le salen acartonados, parecen estampas arrancadas de viejos legajos históricos, crónicas y memoriales. En los *Episodios Dominicanos* importa más la exposición de los hechos que la evolución de la trama, o la profundización en las acciones y psicología de los personajes.

LA INDEPENDENCIA EFÍMERA

El autor considera *La Independencia Efímera* (París, 1938) como un "pedazo de biografía". Estaba seguro de que este primer episodio no llegaba a constituir una historia novelada propiamente dicha. La acción se circunscribe a tres o cuatro ámbitos: la casa del doctor José Núñez de Cáceres, donde lo único que se habla es de política y los personajes, fuera de esto, sólo toman chocolate; el baile en casa de doña Jacinta; las caíllas en la fiesta de San Andrés; y el lugar donde, en medio de la noche, se proclama la Independencia. Prácticamente lo esencial aquí es la figura de Núñez de Cáceres, frente a quien todos los demás (esposa, hijos, amigos) aparecen como entes secundarios, disminuidos, empequeñecidos, simples muñecos que orbitan alrededor de la gigantesca personalidad del ex-Rector de la Universidad.

Obviamente, la obra postula una exaltación de Núñez de Cáceres, representante ilustrado de la clase dominante de principios del siglo XIX. Pese al gran esfuerzo de Núñez de Cáceres en proclamar la Independencia, en toda la obra advertimos que su clase profesaba una admiración desmedida por España, llevándole a pensar que no debíamos separarnos de ella. Así se lo repiten sus amigos en las tertulias que se llevan a cabo en la tranquilidad de su hogar, tratando de disuadirlo de sus ideas en favor de la separación.

Esta mentalidad colonizada de la clase dominante prueba su incapacidad, en ese momento, de defender y luchar por la independencia. De ahí que, una vez proclamada por Núñez de Cáceres y sus contados seguidores, la independencia no pasara de ser un natimurto. Había una alta dosis de idealismo en la concepción política de Núñez de Cáceres, quien se definía como "español de América". Por eso no pueden sorprendernos sus palabras al gobernador Kindelán, cuando le dice: "...es preciso que el gobierno de España comprenda que la independencia de América es en todas partes un suceso determinado por el orden natural (subrayado nuestro, J.A.A.) de las cosas humanas, que podrá ser detenido o acelerado según las causas particulares que concurren a su desarrollo". (*Episodios*, p. 133).

El proyecto independentista adolecía de una tremenda falla: dejar intacta la esclavitud, que ya habían abolido los revolucionarios haitianos a principios del siglo XIX y que las autoridades coloniales habían restablecido después, primero los franceses (1802-1808), y luego los criollos, encabezados por Juan Sánchez Ramírez en lo que se conoce como el movimiento de La Reconquista.

Si la Independencia Efímera fracasó no fue únicamente por la inconsistencia de quienes la proclamaron, sino por la incapacidad de defender militarmente al país frente a la invasión haitiana. Los autonomistas de 1821 esperaban la ayuda de la Gran Colombia, esto es, el apoyo que les brindaría un Simón Bolívar enfrascado hasta el cuello en la guerra independentista de buena parte del territorio sudamericano. Por eso, ante el empuje de los haitianos que se apresuraron a ocupar el territorio dominicano, no pudieron hacer otra cosa que aceptar su fracaso y someterse. El mismo Núñez de Cáceres propuso una salida a la situación creada: "...quédenos siquiera el consuelo de pensar que - dijo exaltado a sus compañeros -, si con la sumisión salvamos siquiera del exterminio a la sociedad dominicana de hoy, la habremos conservado intacta para que mañana pueda erguirse de nuevo a reclamar su derecho a la libertad". (*Episodios*, p.148)

La clase dominante, débil, incoherente, vacilante, tuvo que humillarse ante el invasor, y este hecho habría de marcarla, produciendo en ella frustración y amargura, y, de algún modo, preparándola para fraguar nuevamente su sometimiento a España.

LA CONSPIRACION DE LOS ALCARRIZOS

La Conspiración de Los Alcarrizos (Lisboa, 1941), segundo episodio, ofrece nuevas pruebas de la actitud colonizada de la clase dominante. En lugar de seguir luchando por la independencia, intentaron entregarle nuevamente el país a España. Henríquez Ureña justifica la acción de este modo, al referirse al personaje central de la obra:

"...volvió nuevamente los ojos hacia España como único modo de separar otra vez a Santo Domingo y Haití y conservar la fisonomía espiritual de la sociedad a que pertenecía. Moscoso no fue un apóstata de la libertad dominicana: la realidad del momento lo obligó a buscar, ante la creencia torturante de que la independencia de su pueblo se había eclipsado

para siempre, una solución que pusiera término a la dominación haitiana; y fundándose en un criterio de necesidad ajustado a las circunstancias, entendió que, si la independencia dominicana era un imposible, los dominicanos debían preferir volver a ser lo que siempre fueron - españoles - , antes que seguir sometidos al dominio de Haití." (Episodios, p. 179).

Juan Vicente Moscoso, la figura principal de este episodio, era abogado y había sido rector de la Universidad en el período de la España Booba. Aunque *La Conspiración de Los Alcarrizos* es una obra más lograda como historia novelada que *La Independencia Efímera* (la primera posee mayor dinamismo en la acción, más vuelo imaginativo, menos disquisiciones históricas y rigidez en la concepción del relato que la segunda), el personaje central no queda tan bien delineado como José Núñez de Cáceres. El doctor Moscoso es importante porque así lo designa el autor, tomando en cuenta su participación en la frustrada conspiración, pero no por su peso específico en el desarrollo del episodio.

Por el contrario, Lico Andújar, único personaje ficticio de *La Independencia Efímera*, reaparece en este segundo episodio para crecer hasta agigantarse. Gracias a Lico y a sus intercambios de afecto con la prima Agueda y sus hermanas, así como su relación amorosa con Altamaria Núñez, el episodio se salva de caer en un estatismo aburridor. Henríquez Ureña, sin desprenderse totalmente de su intención didáctica, puesta de manifiesto en cada capítulo, logra, con el conjunto que forman Lico y sus allegados, una soltura narrativa apreciable, que confiere al relato vivacidad y movimiento.

En *La Conspiración de Los Alcarrizos* hallamos también una visión elitista de la historia. Se cree en los hombres providenciales, en individuos de indudable importancia y ascendiente social debido a su status socioeconómico. Ellos son los que pueden guiar a las masas y salvarlas de la inacción. El pueblo permanece obediente a las directrices de la minoría selecta y asimila con facilidad su ideología. No por casualidad descubrimos en el episodio muestras de un antihaitianismo que se revela tan auténtico como la discriminación racial. Ambos fenómenos están presentes en la mentalidad de la clase dominante y en la concepción de muchos de nuestros historiadores.

Un oficial haitiano que ronda la casa de Agueda Andújar tiene "una cara de facinero" (p. 203); los haitianos resultan peores que los salvajes y los caníbales (p. 237), y tienen "una lujuria vesánica de (unos) monstruos" (p. 241); las ciudades de Haití "eran un estercolero pestilente" (p. 284). En resumen, el pueblo haitiano posee una "condición inferior" (p. 361). El doctor Moscoso, tratando de arengar a sus compañeros de aventura, les dice: "...¿Y qué otra cosa queremos ser, ya que la independencia es imposible? Ya sé que habrá quienes contestarán: ¡todo, menos haitianos! Es verdad. Antes que haitianos preferiríamos ser, ponga por caso, ingleses o franceses; pero para conservar la fisonomía espiritual a que me referí hace un instante lo que necesitamos es el amparo de una nación que hable nuestra misma lengua y que esté ligada a nosotros por vínculos históricos indestructibles. Esa nación es España". (p. 363).

Para aumentar el sentimiento antihaitiano en el lector, el autor retoma la tragedia de "Las Vírgenes de Galindo" (que había sido narrada por César Nicolás Penson en *Cosas Añejas*) y le agrega nuevos elementos que buscan intensificar la abominación del haitiano (Véase el Cap. IV). Se explica, debido a la lógica misma que entraña el problema, el afán colonialista de la clase dominante: si la independencia es imposible y los haitianos son una horda de criminales, ¿qué otra alternativa queda sino volver al blanco regazo de España?

Cada episodio, y *La Conspiración de Los Alcarrizos* en especial, incluye anotaciones sobre la sociedad dominicana de aquellos tiempos. No olvidemos que a Henríquez Ureña lo que le interesa es desarrollar su interpretación de nuestra historia. El marco social es empleado para colorear los distintos capítulos, es decir, para ambientarlos adecuadamente. Así, a las breves pinceladas paisajísticas y a la reproducción de leyendas religiosas como la de la Virgen de la Altagracia, suceden descripciones anecdoticas de entretenimientos populares que permiten al autor solazarse en el recuento de coplas y décimas, y en la pintoresca relación de bailes y juegos. Pero en nada profundiza; todo nos parece epidémico, folklorizante o puramente anecdotico, salvo la narración del fandango en que toman parte Altagracia y Lico, avivado por la pasión entre los dos jóvenes (pp. 354/355).

EL ARZOBISPO VALERA

El episodio que lleva por título *El Arzobispo Valera* (Río de Janeiro, 1944) está, en nuestra opinión, por debajo de los anteriores. La figura principal, el Arzobispo Pedro Valera y Jiménez, no tiene el carisma de un Núñez de Cáceres, ni la vida de un Lico Andújar, ni la capacidad retórica de un Juan Vicente Moscoso. Se queda en su halo impenetrable de santo varón, de santo valetudinario y austero, sintiendo que se le apaga la existencia sin llegar a ver realizada su aspiración de que el país vuelva a la sombra de la dominación colonial española.

Por su timidez y su inseguridad a la hora de tomar decisiones, el Arzobispo Valera no era tal vez el personaje más adecuado para convertirlo en protagonista del episodio. Y, lamentablemente, no aparece aquí Lico Andújar, quien, aunque hispanófilo de buena ley, es un personaje muy humano que respira vitalidad en cada uno de sus actos.

Debemos ver en este episodio un intento de justificación histórica, tanto de la actitud y la postura asumidas por el Arzobispo Valera - contrario a la Independencia y enemigo acérrimo de los haitianos - como de la clase que se apresuró a abandonar el país cuando las tropas de Boyer hicieron su entrada en Santo Domingo. Henríquez Ureña señala en su prólogo a este episodio los caracteres sobresalientes de la personalidad del Arzobispo:

"...Valera - apunta - no era un pensador, sino un místico. Puede decirse que, ajeno a las cosas del mundo, no entendió jamás el proceso de las ideas políticas de su tiempo. De atribuirsele algún matiz político, habría que clasificarlo como conservador, por su apego a la traición y a lo ya

establecido; pues su ideología en lo que atañe a la cosa pública no iba más allá del anhelo de conservar lo existente. De ahí su razonamiento habitual: si los dominicanos habían sido siempre españoles, ¿a qué dejar de serlo? ¿a qué renegar de su origen?" (Episodios, p. 423).

El drama de Marcela, la negra manumitida, era un recurso que el autor bien pudo haber aprovechado en beneficio de la acción novelesca, pero la aparición de la muchacha es fugaz, ceñida a breves entradas y salidas, a limitados contactos con el Arzobispo; y el suceso de la vuelta de Tom nos deja insatisfechos por la forma abrupta en que se produce su muerte, cuando por fin tiene lugar el reencuentro tan esperado entre el negro y su amada Marcela.

Así mismo, el frustrado intento de homicidio contra el Arzobispo - punto de gran interés novelesco - carece de intensidad. Algo que el autor pudo convertir en importante, dosificando la información, demorando la culminación del hecho, se le deshace en las manos. El asunto apenas ocupa una página y media en un libro de 164. Aquí dejó escapar el autor otro precioso momento para darle vida a su texto.

El Arzbispo Valera fue un gran equivocado en cuanto al problema de la independencia. Estaba convencido de que debíamos seguir siendo colonia española. Sus ideas no eran producto de una concepción bien fundamentada sino de la necesidad de sobrevivencia que como representante señero de la clase social dominante él sentía. Se aferró a esas ideas, sirviendo de agente transmisor por excelencia, gracias a su respetable y venerada posición. El Arzobispo fue un hombre movido por prejuicios de clase y mitos epocales que se han perpetuado hasta nuestros días. Refiriéndose a los dominicanos y a los haitianos, dice: "- Se consideran diferentes, porque esa educación a que usted se ha referido, mucha o poca, es española. Y por lo general, en la parte española se trató con benignidad a los esclavos, que no eran muchos, y se les enseñaron las doctrinas de nuestra santa religión. También se les hacía adquirir otros conocimientos, y los esclavos se mantenían muy unidos a sus amos." (Episodios, p. 453).

En la actualidad, ha sido precisamente un dominicano de origen español, el escritor Carlos Esteban Deive, quien, en un ensayo sobre la herencia africana en la cultura dominicana de hoy, ha hecho trizas algunos mitos. Deive asegura que las clases privilegiadas se han valido de estos mitos para justificar su posición. "El primero de esos mitos - escribe - es el que sostiene que las relaciones amo-esclavos vigentes en la colonia de Santo Domingo se basaron en sentimientos humanitarios en los que predominó la tendencia hacia la igualdad social y la falta de prejuicios y discriminaciones tan propia del español, a quien no le importó mezclarse racialmente con la mujer negra. (...) Esta enorme falacia no resiste el más somero análisis de las fuentes documentales..."¹⁰. Lo que afirma Deive (y sobre todo lo que prueba en su ensayo) constituye un alegato contundente válido ante las frases que Henríquez Ureña pone en boca del Arzobispo Valera.

EL IDEAL DE LOS TRINITARIOS

El Ideal de los Trinitarios (Madrid, 1951), último episodio de la

serie, está dedicado a honrar la memoria de los Padres de la Patria y de sus compañeros. Henríquez Ureña demoró un par de años la entrega de esta obra a la imprenta, temeroso de no haber logrado lo que se proponía. Si en los episodios anteriores el autor considera de mucha importancia a figuras históricas que jugaron un papel en los primeros veinticinco años del siglo XIX, los personajes que debía trabajar en este último libro revisan una trascendencia capital, empezando por Duarte, Sánchez y Mella. El escritor tenía que apegarse a la documentación, y, más que eso, debía situar a los trinitarios en un plano realista, despojando su trabajo político de mitos e idealizaciones exageradas. Debemos confesar que, en este empeño, Henríquez Ureña no pudo eludir la sublimación de los trinitarios.

El Ideal de los Trinitarios ratifica la concepción histórica del autor: la transformación de los pueblos se debe a la obra de hombres providenciales que, en un momento dado, son capaces de emprender las acciones necesarias para modificar la sociedad. Así, los trinitarios son objeto de un tratamiento especial. No sorprende que no aparezca por ningún lado ese pueblo al que ellos querían liberar y sin cuya cooperación y sacrificio la independencia se hubiera mantenido en el plano de lo químérico. Las masas, en la concepción del autor, son incapaces de llevar a cabo un proyecto de esa naturaleza; carecen de conciencia y no saben lo que quieren.¹¹

Lico Andújar reaparece en *El Ideal de los Trinitarios* y esta presencia sin duda beneficia al episodio. Con un personaje como Lico, Henríquez podía tomarse más libertades que con los trinitarios; podía, por ejemplo, situarlo en los lugares que estimase oportunos, a fin de dar vida interior al relato, cosa que no logra cuando intenta novelar las informaciones históricas que posee.

Al queda claro en este episodio: los trinitarios sostuvieron una doble lucha; debían hacerles frente al dominador extranjero y a quienes, siendo dominicanos, no creían que la República pudiese convertirse en realidad. Los afrancesados por un lado y los prohispánicos por otro, entorpecían la consecución de los trabajos separatistas, con sus maquinaciones y sus oportunismos.

Al proclamarse la independencia, esas mismas figuras que nunca habían creído en ella, como Tomás Bobadilla, son las primeras en subirse al carro de la Junta Gubernativa, y desde allí empiezan a torpedear a los trinitarios, a perseguirlos, acosarlos, mandarlos al exilio. Los sectores más reaccionarios de la clase dominante toman las riendas del poder y marginan, hasta el punto de la anulación, a quienes habían contribuido a dar término a la Dominación Haitiana. Por supuesto, el episodio de Henríquez Ureña no llega a contarnos tanto. El relato concluye con la proclamación de la Independencia y los sucesos inmediatamente posteriores al hecho.

Varias son las contradicciones que contiene *El Ideal de los Trinitarios*. La primera es la reaparición de Lico, hispanófilo y contrario al ideal separatista, de repente convertido en un adepto a la causa de la independencia. Ciento es que pasó muchos años en Venezuela, donde pudo observar el proceso de aquel país, mas resulta extraño su regreso, sin ton ni son, dejando mujer e hijo solos, para entregarse en cuerpo y alma a los trabajos conspirativos de La Trinitaria.

Otro hecho sorprendente es la facilidad con que los trinitarios se mueven en la ciudad, sin ser descubiertos o apresados por sus perseguidores. Cuando Sánchez llega a la casa de Duarte, fuertemente vigilada por soldados que lo persiguen, le basta con saltar "...ágilmente por encima de ellos" y avanzar hacia adentro. (*Episodios*, p. 821) Más aún, el propio Duarte se presenta en la Plaza del Carmen esa misma noche y nada ocurre. El patriota escapa a la acción de sus perseguidores con una facilidad pasmosa.

De más está decir que en este episodio se reiteran, en líneas generales, el antihaitianismo del pueblo dominicano, siempre vinculado al prejuicio racial y a una autovaloración que juzga superiores la cultura y la sociedad dominicanas, y el mito de que blancos y negros vivían en perfecta armonía en nuestro país. Dice Lico:

"...Es tradicional ya la aversión recíproca que en Haití se profesan el mulato y el negro. El mulato, que por regla general es más inteligente y mejor educado, trata de contemporizar con el negro, aunque sea a regañadientes, porque los mulatos están en minoría; pero la aversión del negro contra el mulato tiene todos los caracteres de un odio feroz, que ya ha dado ocasión a violencias inauditas y sangrientos degüellos. (*Episodios*, p. 694)

"...Entre nosotros, el blanco de pura raza, el negro africano y el gran número de mestizos que hay en diversos grados - mulato, cuarterón y demás - viven en perfecta armonía y sobre el mismo pie de igualdad, sin preocupaciones que los dividan." (Idem, p. 694)

LA NOVELA DE LA CAÑA

Con frecuencia se afirma que durante el régimen de Trujillo la censura impidió la publicación de obras literarias sobre temas sociales, cuyos contenidos se prestaban a la denuncia y la crítica del sistema. Aunque en esencia así fue, la afirmación no es del todo exacta, ya que al revisar atentamente la literatura editada en los treinta años de dictadura, hallamos una gran cantidad de poesía y narrativa de tono social y política.

El régimen de Trujillo, una vez consolidada su dominación, gozaba de condiciones para controlar con efectividad las distintas expresiones del pensamiento, e incluso se permitió "liberalizar" - cuando así convino a sus intereses - la producción artística y literaria y la participación política. Nadie ignora que durante la década de 1940 Trujillo intentó dar una imagen democrática a su gobierno, para probar al mundo capitalista que el país vivía bajo un clima de amplias libertades públicas. Hubo entonces una intensa actividad política de oposición, tolerada por el dictador, incluidas las acciones de los grupos marxistas.

La literatura social (específicamente la novela regionalista y criolla, la novela de la tierra y el cuento sociopolítico) cobró auge debido

a la preocupación de nuestros escritores y al peso que ha ejercido el realismo en la narrativa dominicana de este siglo.

Dos de las obras que integran el volumen titulado *La Novela de la Caña*¹² fueron publicadas en los años treinta. La tercera fue escrita en 1960, año de grandes convulsiones sociales que anuncian la caída de Trujillo. Estas novelas tienen la particular significación de resaltar el carácter explotador del capitalismo norteamericano. Y esto no podía perjudicar a Trujillo, tan interesado como estaba en adquirir los ingenios azucareros que durante varios decenios permanecieron en manos de las empresas norteamericanas. El sueño de Trujillo se realizó en los años cuarenta y cincuenta, fortaleciendo su poderío económico.¹³

CAÑAS Y BUEYES

Cañas y Bueyes (1935), de F.E. Moscoso Puello, tiene como marco geográfico a San Pedro de Macorís, provincia donde primero tuvo lugar el más esplendoroso desarrollo de la industria azucarera dominicana. La región sureste es descrita por Moscoso Puello tal y como fue antes, durante y después del auge de los ingenios azucareros que proliferaron a partir de la Ocupación Norteamericana. Por eso lo primero que se nos presenta es una evocación nostálgica del paisaje, una descripción minuciosa de la feracidad y la exuberancia de la tierra (Cap. I). Aquí la naturaleza no es enemiga del hombre. Su rigor climático no alcanza las proporciones de otras regiones del continente, donde el hombre ha tenido que enfrentarse a toda clase de peligros, evadiendo fieras salvajes, luchando por sobrevivir en la selva y el desierto, en zonas despobladas que alcanzan miles de kilómetros cuadrados. El escritor nos pinta una tierra pródiga y protectora:

"Cuando se ha nacido a la vera de un monte - escribe - no se puede vivir sin él. El monte es como una nodriza. Nos provee de alimentos. Nos da la madera para el fundo, nos da la leña, cría nuestros animales, protege el agua que bebemos, atrae la lluvia, modera el calor. Nos regala la sombra para protegernos del sol". (*La Novela...*, p. 9).

El cultivo de la caña transformó la geografía virgen y el ambiente bucólico de la zona rural. La égloga se convirtió en epopeya moderna del avance capitalista. La industria azucarera significó la destrucción de un mundo paradisíaco donde el campesino vivía en libertad, sin otra preocupación que la de procurarse el sustento diario: "Anastasia recordaba haber cogido muy buenos víveres de sus conucos. Se daba de todo allí. Y ella misma cosechó hermosos plátanos y mucho bastimento. Entonces sí que daba gusto trabajar. Corría dinero. Se vivía mejor. Había respeto. Y no se conocía el alambre. Se criaba en el monte y no se robaba como ahora". (*La Novela...*, p. 68).

Además de la desarticulación del mundo rural, la industria azucarera se levantó del despojo y las injusticias. Los grandes y medianos propietarios tuvieron que ceder sus tierras a las compañías norteamericanas que se adueñaron de las mejores, valiéndose de recursos legales, como el impuesto a la propiedad territorial y la ley del registro de tierras de 1920.¹⁴ Ese proceso, caracterizado por los abusos y artimañas de los

agrimensores, las presiones ejercidas por los abogados al servicio de dichas compañías y los recursos fraudulentos de la más variada especie, culminaron con la instauración de lo que se conoce como economía de enclave. 15

Moscoso Puello contrasta, en una narración en tercera persona llena de expresiones y giros coloquiales muy bien captados y transcritos, los hábitos y costumbres del campesino oriental: sus prejuicios raciales, su práctica generalizada de la poliginia, sus conatos de rebeldía, su sentido de la obediencia, las actividades de los gavilleros, el machismo de los hombres y la resignada paciencia de sus mujeres.

La novela de Moscoso carece, en sentido estricto, de un argumento, de una trama que nos lleve hacia un final determinado. La obra presenta un conjunto de cuadros sobre la vida en los bateyes, salpicado por historias de personajes a quienes une el trabajo del ingenio. La novela se inicia con los preparativos para la siembra de la caña y concluye con el fin de la zafra. Al acabar la molienda, los trabajadores se separan, llega el tiempo muerto y todos tienen que buscar otra actividad, otra forma de ganarse la vida. Con el fin de la zafra se extingue el material que nutre la narración.

A Moscoso lo que más le interesa es captar y reproducir la vida en las colonias azucareras, y los personajes, delineados con admiración y ternura, se instalan en un escenario que tiene una enorme significación para el autor.

Un heterogéneo conjunto de personajes entra y sale en los distintos capítulos de la obra. Cada uno persigue fines, defiende sus intereses, posee virtudes y defectos. Todos confluyen en esa actividad que los une y al mismo tiempo los separa. La zafra es un trabajo colectivo que se realiza a base de una sucesión de pasos: primero hay que arar la tierra, luego sembrar la caña, y después hay que esperar que crezca para cortarla, tirarla, pesarla, molerla y convertirla finalmente en azúcar. Estos trabajos sometan al hombre a una disciplina rigurosa, lo sumerjen en una faena agotadora que exige de él todas sus energías. Pero las mismas actividades no se realizan en forma espontánea. Existe un ingenio y un batey y la vida y el trabajo están reglamentados por un plan, de acuerdo con jerarquías sociales concretas. En la cúspide están los administradores, los ingenios y todos los que colaboran con ellos; en medio, los colonos, los mayordomos, los empleados; y en la base, picadores, campesinos, carreteros y peones. Nadie escapa a la mirada de Moscoso Puello. Se puede decir que Cañas y Bueyes es una novela donde lo colectivo se impone a cualquier historia individual. Una colectividad que trata de vivir y sobrevivir en los bateyes, abrumada por los problemas de la zafra, aislada en una zona que sólo de vez en cuando perturba un fuego, o altera un parto, o un baquín; una zona sin esperanza, reducida al analfabetismo. La protesta de un boquero es elocuente:

"...En éstos bateyes, icarajo! uno se envejece, pierde sus fuerzas, se arruina la vida si viene arrancado, pierde todo lo que trae, si viene con algo y termina por ir al pueblo a pedir limosna. (...) Y se embrutece. Mirando sólo caña, empotrerados si se puede decir, casi comiendo

yerba. Salimos de aquí hechos unos animales. Ni periódicos, ni escuela, ni nada iCañas y bueyes y haitianos!" (La Novela..., pp. 213/214).

La novela nos ilustra también acerca de la dependencia de los ingenieros azucareros dominicanos de la mano de obra cocola y haitiana, dependencia que indujo a la inmigración de numerosos grupos a finales del siglo XIX y principios del XX.¹⁶ Aunque de indudable importancia en el proceso, los inmigrantes cocolos y haitianos permanecen al margen en el relato. A veces el autor introduce una nota sobre el prejuicio racial o la actitud del trabajador dominicano frente a los picadores haitianos; sin embargo, su drama no nos conmueve porque el autor no ahonda en el asunto. Su objetivo en esta obra no es el peón agrícola, y mucho menos el de origen extranjero. La obra de Moscoso Puello propone, en primer término, una defensa del colono, siempre acorralado por la Compañía.

OVER

Consideramos la obra *Cañas y Bueyes* como un fresco sobre las clases sociales en las colonias azucareras del Este. *Over* (1939), de Ramón Marrero Aristy (1913-1959), nos parece un grabado al agua fuerte, acerca de la vida de Daniel Comprés, un bodeguero del Central propiedad de "los blancos", nombre que la población aplicaba a los norteamericanos.

El autor de *Cañas y Bueyes* narra historias y ocurrencias como al pasar, sin intención de llevarlas a sus últimas consecuencias. *Over* propone una radiografía completa de un hombre y su medio, vistos desde todos los ángulos posibles: económicos, político, ideológico, ético. La información de *Cañas y Bueyes* es aleccionadora y lacerante; no podemos permanecer indiferentes al drama humano que nos narra Moscoso Puello. En *Over*, la realidad de tantos seres aplastados por el sistema capitalista en su fase monopólica nos paraliza en el asiento. La indignación nos sacude y llegamos a odiar la injusticia y la explotación como si fuéramos las víctimas. A veces contenemos el aliento y sufrimos por las desventuras de Daniel Comprés, forzado a violar su propia conciencia para hacerse cómplice de los managers en el robo, a través del *over*: "En cuanto al bodeguero - dice el protagonista - , la cosa es más complicada y más cruel. Se puede decir que ningún empleado se halla tan impelido al robo y a la desesperación como éste". (La Novela..., p. 357).

Marrero Aristy, no hay duda, fue un narrador de garra que escribió poca ficción. Publicó su novela hace más de cuarenta años y el libro sigue teniendo hoy la misma vigencia que entonces. Sólo han cambiado los empleos, las circunstancias y dos o tres aspectos irrelevantes. Si hipotéticamente pudiésemos eliminar la pavorosa realidad de los bateyes dominicanos, si de golpe cambiaran las condiciones de vida y los obreros habitaran en casas higiénicas, con agua y electricidad, y recibieran mejores salarios, alimentación y atenciones médicas, *Over* seguiría gozando del favor del público por su intensidad y su descarnado realismo.

Escrita en primera persona, *Over* es una novela patética. Lo social y lo político, la protesta y la denuncia no desintegran el profundo

drama humano que se desarrolla página a página. Marrero Aristy llegó al fondo de la condición humana, planteó la situación del trabajador agrícola, escogió a un empleado de mediana condición y lo rodeó de elementos que le permitieron cuestionar el orden social vigente. Daniel Comprés es un hombre a mitad de camino entre la explotación más severas y los privilegios. "El bodeguero de un batey - afirma Comprés - es el personaje más importante en toda la jurisdicción, porque es el único que tiene mucha comida." (La Novela..., p. 383).

Daniel Comprés no es un ignorante. De hecho, a veces nos sorprende su lucidez ante las vejaciones que sufren él y sus compañeros en el Central. Su ingreso al trabajo en la bodega - donde llega inflado de expectativas - se produce sin que él haya hecho demasiado esfuerzo. Poco a poco va enterándose de las intimidades de la Compañía y de sus administradores. Lentamente va creciendo en él la rabia y el desprecio hacia los que despiden sin contemplaciones al proletariado. Gradualmente, Daniel va rebelándose contra las iniquidades que a diario se atraviesan en la monotonía de su trabajo. "Comprendo - dice - que mi cabeza está demasiado repleta de ideas fuertes; de ideas que quizás no puedo plasmar, y que pienso demasiado en la injusticia; que no me resigno a llevar una vida de imbecil, y que todo eso es un enigma para mi pobre mujer, cuya venganza se desahoga contra todo lo que ella cree que nos separa; ya sean libros, manuscritos o amigos." (La Novela..., p. 485) Y sin embargo, Comprés caerá en el abismo de la derrota y el alcoholismo, acorralado por los perros de presa del Central.

Ni el humor de Cleto, el policía, ni los consejos de Viejo Dionisio, ni la compañía de sus amigos desvanecen el sentimiento de indignación que se ha apoderado de Comprés. Sus cálidos amores, su matrimonio después y ese pequeño oasis que fue la luna de miel pronto ceden el paso a la soledad y al tedio, al embrutecimiento de las borracheras y las discusiones: "...el alcohol nos va invadiendo, dominándonos, aplastándonos, llenándonos de esa inmensa tristeza que da el ron, hasta que al fin todo está en brumas y mi compañero sale tropezando, borracho." (La Novela..., p. 458).

Daniel Comprés ve cerrarse un círculo terrible a su alrededor. El over se convierte en una obsesión que le espanta el sueño y lo hace despertar sobresaltado en las noches calurosas. El over, ese producto del robo a los obreros del batey, es sólo uno de los numerosos mecanismos de extorsión de la Compañía; el más despótico e implacable, una especie de lazo en el cuello de los bodegueros.

Más que un campo de caña, un ingenio con todas sus dependencias, el mundo descrito por Marrero Aristy parece un campo de concentración donde los verdugos nazis serían los managers y los prisioneros todos los demás. Los verdugos tiran de la cuerda y las víctimas se defienden como pueden: gritan, patalean, beben ron como locos o se tragan sus lágrimas de dolor. La otra alternativa es el suicidio.

Pocas novelas dominicanas han logrado transmitir tan contundentemente un mensaje de denuncia y protesta como *Over*.¹⁷ Si el autor se propuso condenar el abuso y la represión en los ingenios azucareros de propiedad

norteamericana, su novela francamente desborda ese objetivo. *Over* no se limita a reflejar el hambre, la enfermedad y el desamparo, o la injusticia clavando su garfio en la piel de los trabajadores hasta que lanzan el último hábito de vida. *Over* es también una indagación sobre la capacidad de resistencia del ser humano ante la humillación; un sondeo a la conciencia del hombre aplastado por las circunstancias; un vívido relato de la condición humana en medio del fracaso y la desesperanza.

EL TERRATENIENTE

Nunca habíamos leído una obra de Manuel Antonio Amiama (1899). Tanto *El Terrateniente* (escrita en 1960; última obra de *La Novela de la Caña*) como otras novelas suyas, eran conocidas solamente por un selecto número de amigos, que habían tenido oportunidad de escucharle en privado, o a quienes el escritor les había prestado sus manuscritos.

Este primer contacto con la obra de Amiama nos deja una grata impresión y esperamos que otros libros suyos vean la luz muy pronto. Nuestros profesionales con afición por la literatura, a veces demasiado ocupados o demasiado modestos, demoran en publicar las novelas que tantas horas y sacrificios les han costado, ignorando que el silencio y el olvido de gavetas y archivos son los peores enemigos de la producción literaria. Va siendo hora ya de que las obras, una vez terminadas y pulidas, lleguen a manos del lector en un tiempo razonable. Porque, de lo contrario, la única que pierde es la literatura. Además, ¿cómo sabe un autor si está evolucionando o no, si se mantiene en el anonimato?

Cuando afirmamos que aquí no existe tradición novelística - criterio no compartido por otros - estamos insistiendo en el carácter accidentado, esporádico y abrupto de nuestra novela, a pesar de su abundancia. Debemos entonces congratular a la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, en la persona de su Presidente, doctor Frank Moya Pons, por la tarea de rescate de la literatura dominicana de ayer y hoy. Preservar en esa búsqueda, auspiciar la edición de obras agotadas o inéditas es una labor invaluable que debe contar con el apoyo de todos.

Pues bien, *El Terrateniente* versa, como las obras de Moscoso y Marrero Aristy, sobre la problemática de la producción azucarera. La óptica del autor resulta novedosa, pues en vez de enfocar el asunto partiendo de las clases explotadas y oprimidas, lo aborda desde el ámbito de la clase alta dominicana, y con ello aporta una visión distinta, se adentra en un mundo poco tratado por los escritores nativos en general, siempre más propensos a identificarse con los desheredados que con los ricos.

Otro punto importante de la novela de Amiama es el interés en plantear los problemas jurídicos relacionados con la propiedad territorial y las leyes que se crearon en el período de la Primera Ocupación Norteamericana. En esto adivinamos un ejercicio de abogado de muchos años en Amiama.

La Ocupación, llevada a cabo en un lapso de expansión del capitalismo monopólico, produjo cambios en el seno de la sociedad dominicana. Había

que "modernizar" la sociedad para que los capitales norteamericanos se instalasen con plenas garantías y seguridades. La oposición del pueblo dominicano fue un obstáculo a los fines imperialistas. En esta lucha, claramente establecida por el autor, tuvo una participación destacada el revolucionario de aquellos tiempos, que Amiama no denomina "gavillero", como comúnmente se le llamó. El autor de *El Terrateniente* nos habla de "guerrilleros", reivindicando el papel histórico del grupo antíperialista. El autor dedica el capítulo IX al encuentro de Genaro Gutiérrez, protagonista de la novela, con los guerrilleros. Ese capítulo, elocuente en su significación, arroja un saldo favorable a los revolucionarios, que aspiraban a una desocupación del territorio nacional por parte de las tropas invasoras. En lo demás, el guerrillero era un hombre como otro cualquiera, con sus vicios y debilidades, con sus virtudes, con una gran necesidad de comer para sobrevivir y seguir peleando, enfrentado a la feroz persecución de las patrullas yankis. La única diferencia entre el dominicano promedio que repudia la Ocupación y un guerrillero, era que éste andaba armado, dispuesto a entregar la vida por la soberanía, y aquél se limitaba al rechazo verbal o moral.

La novela de Amiama nos conduce a otro punto de gran interés: algunos representantes de la oligarquía criolla también detestaban la dominación colonial norteamericana. Los terratenientes sufrieron humillaciones y tuvieron que soportar las imposiciones de la administración norteamericana. Genaro Gutiérrez, en la Oficina de La Punta, le dice al Coronel Thomson: "...Yo soy dominicano y no me gusta la Ocupación Militar, pero como no creo que con palabras y murmuraciones vamos a quitárnosla de encima, no pierdo tiempo en esos comentarios." (p. 551).

Genaro Gutiérrez es un terrateniente utópico, o más bien, atípico, y esto no es un mero juego de palabras. Gutiérrez quiere recuperar las tierras que heredó de su padre, un viejo general antilibertista. Por ello sufre incluso prisión. Sin embargo, el individuo carece de ambición suficiente, no tiene mucho sentido del proceso de acumulación capitalista y actúa como un romántico en sus decisiones económicas. Muere viejo, solterón y empobrecido, soñando con recuperar las tierras que cedió a Georgina Leonetti y su amante, más ambiciosos y osados que él.

En la novela de Amiama refugia el brillo del San Pedro de Macorís de principios de siglo, cuando la "danza de los millones" creó una opulencia artificial y las compañías operáticas se presentaban en los teatros de aquella ciudad, colmados de representantes de la clase dominante.

CONCLUSION

Llegamos al final de este recorrido por la sociedad dominicana a través de su novela. Nuestros comentarios, parciales y apresurados, no pueden tomarse sino como lo que son: esbozos de un trabajo más amplio, reflexiones sobre estas diez obras que hoy presentamos en público. Pedimos excusas por nuestras limitaciones.

Los libros están ahí, aguardando análisis y estudios más profundos y acabados.

NOTAS

- (1) Marcio Veloz Maggiolo, refiriéndose a la novela dominicana, asegura que: "La novela dominicana no nace propiamente en Santo Domingo, si no en Cuba, con las publicaciones de Alejandro Angulo Guridi: *Los amores de los Indios* (1843)." (Cultura, Teatro y Relatos en Santo Domingo, Ediciones de la UCMM, Santiago, Impreso en los talleres de "La Información", 1972, p. 172) Veticilio Alfau Durán, por su parte, afirma que *La Fantasma de Higuey* (1857), de Francisco Angulo Guridi es "... hasta ahora, probablemente, la primera novela dominicana publicada por un escritor nativo." (Prólogo a esta novela, publicación de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Santo Domingo, Impreso por la Editora Corripio, 1981, p. 5).
- (2) Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, Impreso en Barcelona por Manuel Pareja, 1982, 396 págs.
- (3) Acerca de este fenómeno, Roberto Cassá ofrece la siguiente explicación: "...La peculiar historia política en que se vio envuelto nuestro país en la primera mitad del siglo XIX posibilitó que en la mayor parte del tiempo las clases dominantes lograran el liderazgo efectivo del resto de la población al presentarse el problema nacional neurálgico relacionado a las consecuencias de la revolución haitiana sobre la parte oriental de la isla. De tal modo se establecía una identificación nacional contrapuesta a la nación haitiana, motivación que fue la esencial en el orden ideológico en la implantación de la independencia política en 1844. En el fondo de la conciencia social sedimentó la idea de identificar al enemigo con el haitiano, y al haitiano con el negro. El mecanismo de dominación en la ideología se vio facilitado por esta situación histórica al mantener la vigencia el mito de la hispanidad entre las masas y su consecuencia necesaria del racismo. Se puede asegurar que el mito de la hispanidad fue el mecanismo ideológico fundamental que utilizó y trata de utilizar la clase dominante para mantener el consenso real o aparente de los oprimidos con el sistema de dominación." "El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana", Revista Ciencia, Vol. III, Núm. 1, Enero/Marzo 1976, Santo Domingo, República Dominicana, pp. 64/65.
- (4) Para más datos sobre la discriminación racial en la literatura dominicana, véanse: Walter Cordero, "El tema negro y la discriminación racial en la República Dominicana", Revista Ciencia, Vol. II, Núm. 2, Enero/Marzo 1975, Santo Domingo, República Dominicana; Marcio Veloz Maggiolo, "Tipología del tema haitiano en la literatura dominicana", en *Sobre cultura dominicana y otras culturas (ensayos)*, Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1977, pp. 93/121; y José Alcántara Almánzar, Prólogo a *Cosas Añejas*, de César Nicolás Penson, Santo Domingo: Editora Taller, 1972.
- (5) "Los tipos de dominación", en *Economía y Sociedad*, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, 2da. ed., pp. 170/197.

- (6) *Economía y Sociedad*, p. 193.
- (7) Joaquín Balaguer, en el prólogo a su antología de la obra de García Godoy escribió: "El efecto (sic) capital de "Guanuma" consiste en la poca originalidad del protagonista de la novela. No hay, en efecto, gran diferencia de carácter entre el Fonso Ortiz de esta narración y el Perico Antúnez (sic) de "Alma Dominicana". Acaso a esa circunstancia obedezca que muchos prefieran las dos primeras novelas de García Godoy a esta última, no obstante existir dispersos en las páginas de "Guanuma" los gérmenes de un drama mucho más original y patético que los que aparecen apenas esbozados en las otras dos narraciones. Los personajes históricos tienen, en cambio, en este tercer relato fisonomía propia, y atraen precisamente la atención porque cada uno conserva desde el principio hasta el fin su personalidad sustantiva." *F. García Godoy, Antología*, Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, Colección Pensamiento Dominicano No. 6, 1951, pp. 25/26.
- (8) Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, Impreso en Barcelona por Manuel Pareja, 1981, 902 págs.
- (9) Véase José García López, *Historia de la Literatura Española*, Barcelona: Editorial Vicens-Vives, 14a. ed. 1969, pp. 516/517.
- (10) "La herencia africana en la cultura dominicana actual", en *Ensayos sobre cultura dominicana*, Santo Domingo: Publicación del Museo del Hombre Dominicano, Impresión de Amigo del Hogar, 1981, p. 117.
- (11) Josefina de la Cruz analiza extensamente el problema en su libro *La Sociedad dominicana de finales de siglo a través de la novela*, Santo Domingo: Editora Cosmos, C. por A., 1978, pp. 123/154.
- (12) Santo Domingo, Editora Santo Domingo, Impreso en Barcelona por Manuel Pareja, 1981, 713 págs.
- (13) Véase Frank Moya Pons, *Manual de Historia Dominicana*, Ediciones de la UCMM, Impreso en Barcelona por Manuel Pareja, 1977, p. 517.
- (14) "Para facilitar el crecimiento de las fuerzas productivas y particularmente la penetración de las compañías azucareras dominicanas, el régimen de los marines propició una fase intensiva de acumulación originaria del capital, cuyo punto nodal fue despojar de la propiedad de la tierra a campesinos y terratenientes en las zonas de ubicación de la plantación azucarera o de reservas próximas. Para ello se adoptaron dos grandes instrumentos: la ley del impuesto a la propiedad territorial y la ley del registro de tierras de 1920 (sistema Torrens), complementadas con la creación del Tribunal de Tierras"¹¹ Roberto Cassá, *Historia Social y Económica de la República Dominicana*, Tomo 2, Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, C. por A., 1981, p. 223.
- (15) "La industria azucarera dominicana es considerada en este trabajo

como el núcleo central que impulsó el proceso de desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, a partir de los años 70 del siglo pasado. En su crecimiento son discernibles dos grandes fases, durante el período que cubre este trabajo (hasta 1930). Una fase concurrencial originaria, caracterizada por el predominio de capitalistas dominicanos y extranjeros, por una forma de empresa individual, por un componente de fuerza de trabajo fundamentalmente dominicano, por la constitución de una clase de propietarios agrarios productores de caña, por la función de la industria en la creación de nuevas empresas industriales y comerciales, etc. Una segunda fase monopólica, caracterizada por el predominio del capital extranjero, por la forma de la propiedad corporativa propia de la fusión del capital bancario con el capital industrial, por la existencia de una fuerza de trabajo mayoritariamente extranjera, por la quiebra del colonato y del comercio independiente a favor de las corporaciones azucareras y las entidades bancarias, etc. O sea, la configuración de una *economía de enclave*, proceso que se irá gestando lentamente, pero que será acelerado por la ocupación norteamericana de 1916." José del Castillo, "La inmigración de braceletos azucareros en la República Dominicana, 1900-1930", Santo Domingo, Centro Dominicano de Investigaciones Antropológicas (CENDIA), Vol. CCLXII, No. 7, 1978, p. 7.

- (16) Véanse José del Castillo, *Ensayos de Sociología Dominicana*, Santo Domingo: Ediciones Siboney, Editora Taller, 1981; y Mercedes Acosta, André Corten, Isis Duarte y Carlos María Vilas, *Azúcar y Política en la República Dominicana*, Santo Domingo: Editora Taller, 1976.
- (17) Héctor Incháustegui Cabral, en un estudio sobre *Over*, escribió: "...Si *Over* merece otro título, un título que la defina de una vez, este título es: la denuncia de la explotación de los hombres que sudan y mueren en una finca. (...) La novela de Marrero es novela de denuncia y novela de protesta. Describe el mal, lo llama por su nombre, lo desnuda arrancándole la ropa buena con que oculta su piel manchada y se le va encima, con palabras airadas de las que no se salva ni quien las dice." *De Literatura Dominicana Siglo XX*, Ediciones de la UCMM, Impreso en Santo Domingo por Amigo del Hogar, 1969, pp. 312 y 323.